



Capítulo 485: Batalla táctica (Parte. I)

La primera estocada de Virgilio fue un corte limpio, directo a la vista. La hoja abandonó su funda como un rayo silencioso— y se estrelló contra una pared invisible. El impacto sonó como una campana rota, una vibración metálica que resonó en su brazo y se extendió por el bosque. El borde de Yamato no encontró carne; encontró resistencia elástica, como si hubiera golpeado la superficie de un lago hecho de fuerza bruta. El tigre ni siquiera parpadeó. Simplemente inclinó la cabeza con curiosidad y dio un paso adelante.

"Barrera activa... reactiva al vector del corte." Vergil retrocedió medio paso y sus pies marcaron dos líneas diagonales en el suelo para probar el terreno. "Repulsión direccional."

La bestia dejó escapar un gruñido bajo. El aire a su alrededor parecía doblarse, como si un horno silencioso calentara el espacio. Su pelaje gris metálico erizado, sus rayas negras brillando con un brillo aceitoso— y sus garras del tamaño de una daga clavadas en el suelo, agrietando la tierra. Virgilio respiró lentamente, giró la vaina de su mano izquierda y lo intentó de nuevo: esta vez, un empujón. El golpe fue recto, sin ángulo para deslizarse. La punta de Yamato vibró, desviada en el último instante por un empujón microscópico. La espada atravesó el vacío a una mano del objetivo, como si una mano invisible hubiera tocado el borde.

"No es armadura. Es flujo." Lo sintió en sus huesos. "Una capa laminar de miasma, siguiendo el pelaje. Previene el corte; transfiere el vector."

El tigre se movió. No saltó; caminó. Lento, pesado. Cada paso era una promesa de catástrofe. Y de repente, el golpe llegó —un golpe horizontal que arrastró el aire con él, como una marea negra. Virgilio cruzó la vaina y la hoja en una "X," deteniendo el impacto. El bloque atrapó la garra; el resto no. La onda de





presión lo arrojó hacia atrás como una bala de cañón, abriendo un surco de diez metros en el suelo. Las ramitas y las rocas explotaron en forma de rocío.

Se dio la vuelta, se arrodilló y su boca tenía un sabor metálico a sangre. Él sonrió.

"Bruto."

La bestia giró su hocico hacia el cielo y dejó escapar un rugido que desprendió las copas de los árboles. Vergil cerró un ojo y calculó el pulso. Había un latido—no del corazón de la criatura, sino de la barrera. Se hinchó y se contrajo con el aliento del monstruo, expandiéndose al inhalar y adelgazando al exhalar. Pequeñas, estrechas y miserables ventanas del tiempo.

"Rifts de tiempo. Tres décimas de segundo, al exhalar."

Se lanzó hacia arriba en la siguiente exhalación. Un paso, dos, un corte hacia abajo "S"— y nuevamente la repulsión empujó la hoja, transformando la curva perfecta en un arco frustrado que dejó chispas en el vacío. El tigre movió sus caderas con elegancia depredadora y trató de aplastarlo con su pata trasera. Vergil se deslizó hacia abajo, su hombro rozó el pelaje gris y sintió un escozor instantáneo —el miasma ardía como cal viva.

"No es sólo anticatalítico; es corrosivo."

Otro golpe. Se deslizó dentro del alcance, tratando de pegarse al pecho de la bestia —una zona muerta para un cuadrúpedo grande— y subir por su flanco con empujes cortos. El Yamato no penetraría. Cada golpe se desviaba en el ángulo de menor penetración, como un imán que rechaza un imán. La bestia comprendió su intención y arrojó su peso contra él. Era como enfrentarse a un muro que había decidido caer. Vergil soltó su agarre de la hoja por un momento, empujó la vaina entre las costillas de la criatura y la usó como





palanca para ganar impulso, saltando sobre el hombro del tigre. La cola se deslizó por el aire. Todavía estaba girando cuando la cola chocó con sus costillas. El mundo se convirtió en una línea torcida. El impacto lo arrojó contra un baúl, que cedió con una miserable grieta.

Aterrizó de pie, pero una rodilla tocó el suelo. Su cuerpo protestó. Con cada respiración, una chispa. Él se puso de pie.

"Cortar no funciona. Perforar no funciona. Entonces..."

Él encerró a Yamato.

Apretó las manos.

El silencio entre un rugido y el siguiente se convirtió en un metrónomo. Vergil avanzó con la guardia baja, como un boxeador que ha decidido que el ring es todo el bosque. El tigre se abalanzó sobre el pecho primero, confiando en la barrera. El primer puñetazo de Virgilio fue en el aire—literalmente. Él no apuntaba a la carne; apuntaba a la capa invisible. Puño apretado, hombro cuadrado, cadera alineada: el golpe aterrizó como un sello. La barrera vaciló, generando una grieta sísmica que atravesó la superficie de la criatura y explotó en el suelo a sus pies.



"Compresión. Si la hoja se corta y se desliza, el impacto empuja y se infunde. Veamos."

Un segundo golpe, idéntico, pero una décima más fuerte. Un tercero, en el mismo lugar. El campo tembló, como un cristal a punto de romperse. El tigre lo sintió. Su cabeza bajó, su cuerpo se arqueó... y el contragolpe llegó verticalmente, un golpe de martillo que cayó como un cometa. Vergil movió su peso en diagonal, apenas levantando los pies del suelo, y el golpe pasó a centímetros de su cráneo, en un torbellino que hizo volar las hojas. Pagó por



su audacia: la ola secundaria lo rozó y lo arrojó de lado, rodando sobre las rocas.

Se levantó, escupió sangre y se le partió el labio. El tigre no cedía terreno; parecía más grande a cada paso. Su aura crecía a medida que avanzaba la lucha, como si todo el bosque alimentara al coloso.

"Extraes el campo del entorno... de ahí la distorsión general." Virgilio analizó mientras se retiraba en una elipse, obligando a la bestia a girar —girar es difícil para cuadrúpedos del tamaño de un automóvil—. Si es un flujo, tiene dirección. Si tiene dirección, tiene remanso."

Comenzó a arrojar discretamente grava con la punta del pie, en semicírculo. Cada piedra que entraba en la zona del tigre se desviaba, describiendo pequeños arcos. Los arcos convergieron y, en milisegundos, revelaron líneas actuales. Tres bandas principales, siguiendo las franjas más gruesas. Nodos de convergencia: base del cuello, axila frontal y entre los omóplatos.



"Entradas."

Vergil volvió a entrar en el alcance, esta vez sin dudarlo. Una secuencia corta: un golpe en el aire para medir la elasticidad, una cruz hasta el nódulo de la axila, un gancho hasta la parte inferior del esternón. El campo se derrumbó. El tercer golpe casi tocó—casi. La barrera contraatacó y escupió su puño. La bestia resolvió la ecuación de forma sencilla: mordió.

Las mandíbulas se cerraron donde había estado Virgilio un instante antes. La grieta aplastante arrasó el espacio. Escapó con un pequeño paso lateral, sintiendo el viento de sus colmillos pasar por su cuello. Respondió con un codo hacia abajo, apuntando a la parte superior del cráneo, y siguió con una rodilla torcida hasta el mismo nódulo en la axila. El campo lloró.



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"Funciona. Pero no lo suficiente."

